

## ESTADOS UNIDOS Y CHINA: “PUJA DE TITANES” Y UN ORDEN INTERNACIONAL EN TRANSICIÓN

*The United States and China: “Clash of the Titans”  
and a Transitioning International Order*

MICAELA BORGETTO<sup>1</sup>

**Resumen:** El enorme crecimiento que ha experimentado la República Popular China durante los últimos años se ha convertido en uno de los principales vectores de cambio de las Relaciones Internacionales, generando diversos análisis respecto de la presencia de un nuevo orden bipolar entre la potencia asiática y los Estados Unidos. En este contexto de incertidumbre, agravado por la pandemia de coronavirus, cabe preguntarnos hacia dónde se dirige el orden internacional, y en este sentido, si continúa siendo unipolar o si ya podría ser caracterizado como bipolar/multipolar. Asimismo, resulta pertinente reflexionar acerca de las posibilidades reales de que un conflicto armado entre las dos mayores potencias del mundo tenga lugar en los próximos años, y sobre el papel que adquiere la región latinoamericana en este contexto.

**Palabras clave:** Estados Unidos, China, Latinoamérica, Periferia turbulenta, Trampa de Tucídides.

1. Actualmente cursando el 4° año de la carrera “Licenciatura en Relaciones Internacionales y Ciencias Políticas” – Facultad Teresa de Ávila, Universidad Católica Argentina.

**Abstract:** The vast growth the People's Republic of China has experienced during recent years has become one of the main vectors of change in International Relations, generating several analyzes regarding the presence of a new bipolar order between the Asian power and the United States. In this context of uncertainty, worsened by the coronavirus pandemic, we can ask ourselves about where the international order is heading to, and in this sense, if it continues being unipolar or if it could now be characterized as bipolar/multipolar. Likewise, it is relevant to consider the real possibilities of an armed conflict between the two major powers in the world taking place in the next few years, and the role of the Latin American region in this context.

**Keywords:** United States, China, Latin América, Turbulent Periphery, Thucydides Trap.

## **Introducción**

El presente ensayo analiza la evolución de la Agenda de Seguridad de los Estados Unidos respecto de América Latina –entendida como “periferia turbulenta”–, y expone el hecho de que la presencia cada vez mayor de China en la región se ha erigido como el principal desafío estratégico para Washington. En este sentido, se desarrolla la metáfora de la Trampa de Tucídides, elaborada por Graham Allison en 2015, con el objeto de reflexionar acerca de la eventual posibilidad de un conflicto armado entre las dos mayores potencias del mundo. Por último, se esbozan consideraciones respecto de la prudente política exterior que los países latinoamericanos en general, y Argentina en particular, deberían adoptar en este contexto.

## **La Agenda de Seguridad de los Estados Unidos: América Latina, una “periferia turbulenta”**

Estados Unidos ha ejercido sobre América Latina una efectiva hegemonía regional desde fines de la Segunda Guerra Mundial, y ha

extendido sus intereses de seguridad sobre la región, integrándola a su “esfera de seguridad” (*security sphere*), lo cual puede explicarse en términos de lo que Russel y Calle han denominado el fenómeno de la “periferia turbulenta” (*turbulent periphery*) (Russell y Calle, 2009).

Ahora bien, la posición de la región latinoamericana en término de los intereses de seguridad estadounidenses ha variado significativamente a lo largo del tiempo (Russell y Calle, 2009). En 1996, Peter H. Smith, en su libro *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.: Latin American Relations*, llegó a la conclusión de que existía una lógica pendular entre momentos en donde la región suponía gran interés y esfuerzos de poder por parte de Washington, con el consiguiente desarrollo de lo que en el lenguaje geopolítico se denomina una “Gran Estrategia”, y largas etapas en las que prevalecía un menor interés y preocupación, donde imperaban políticas burocráticas y cada una de las grandes agencias federales de los Estados Unidos llevaban a cabo sus propias políticas hacia la región sin mayores grados de coordinación y urgencia. En efecto, podemos mencionar la “política del buen vecino” impulsada en la década del treinta, cuando la influencia política y económica de la Alemania nazi en la Argentina y el sur de Brasil suponía gran preocupación para Washington. Posteriormente, luego del triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial, el interés del país sobre la región decreció, y en su lugar se focalizó en la contención del comunismo soviético en Asia y Europa. Sin embargo, con la revolución cubana y la crisis de los misiles se volvió a la lógica de la gran estrategia, esta vez denominada “Alianza para el Progreso”, que fue perdiendo impulso progresivamente con el asesinato del ex presidente John F. Kennedy y otras cuestiones de urgencia para Washington, como la guerra de Vietnam (Calle, 2020).

En este orden de ideas, tras el fin de la Guerra Fría podemos observar un cambio desde una agenda fundamentalmente positiva, dominada por temas hemisféricos, hacia una agenda predominantemente negativa y específica, fuertemente marcada por los acontecimientos del 11 de septiembre, que dieron origen a la idea de una “guerra al terrorismo global”: una retórica heredada de la Guerra Fría en la que se vio restablecida la imagen de un adversario concreto (Veiga, 2009).

En este sentido, si observamos las diversas versiones de la “*National Security Strategy (NSE)*” y el “*Quadrennial Defense Review Report (QDRR)*” –ambos documentos decisivos para la seguridad y defensa de los Estados Unidos–, y sobre todo, si analizamos los documentos, declaraciones y estudios dedicados específicamente a la región, podemos constatar que el “extendido” norte de América Latina fue ocupando, progresivamente, un lugar más predominante dentro del alcance del radar de seguridad de los Estados Unidos (Russell y Calle, 2009).

Por su parte, la versión de 1999 de la Estrategia de Seguridad Nacional, a diferencia de versiones anteriores, presentó una mirada menos optimista respecto de América Latina. Posteriormente, los documentos de 2002 y 2006 hicieron especial mención a la región, asignándole un espacio aún más relevante en términos de seguridad y reconociendo que allí se encontraban tres de los siete “desafíos regionales” (*regional challenges*) pendientes de solución, de sumo interés para los Estados Unidos: Colombia, Cuba y Venezuela. Asimismo, se destacaba el fenómeno del populismo como una amenaza a la democracia, la importancia de promover tratados de libre comercio continentales, subregionales y bilaterales, y la necesidad de prestar una mayor atención a las actividades tanto políticas, como económicas y militares de China en la región (Russell y Calle, 2009).

Por otro lado, la última versión de la Estrategia de Seguridad Nacional, firmada por el expresidente Donald Trump en 2017, continuó con los lineamientos planteados en los documentos anteriores y estableció tres temas específicos, en clave de amenaza, que el hemisferio plantea para los Estados Unidos; a saber: 1) las “Dictaduras e Insurgencias”, haciendo referencia específicamente a Cuba y Venezuela, identificados como modelos anacrónicos de izquierda, y a los grupos que llevan a cabo actividades irregulares en Colombia; 2) la Criminalidad Organizada Transnacional, indicando a los cárteles mexicanos y a las pandillas centroamericanas; y, por último, 3) la actuación de Fuerzas no Hemisféricas, aludiendo a Rusia y China (The White House, 2017).

En este orden de ideas, los Informes Cuadrienes de Defensa de 1993 y 1997 no veían a Latinoamérica como un área potencial de conflicto. Sin embargo, el Informe publicado en 2006 se refi-

rió específicamente a la región al hacer mención del Plan Colombia como un ejemplo de acción preventiva, al rol que jugaban los Estados Unidos en el proceso de estabilización de Haití, y a la amenaza que significaba el resurgimiento de los movimientos políticos populistas autoritarios, en particular, el caso de Venezuela. Asimismo, dicho informe planteaba que América Latina se encontraba en una “nueva encrucijada geoestratégica”, lo que suponía dos cuestiones: por un lado, que se percibían nuevas y grandes turbulencias en la región; y por el otro, que los Estados Unidos debían de estar preparados para actuar en respuesta a ello (Russell y Calle, 2009).

Por ello, la región latinoamericana ha sido dividida en tres áreas geográficas respecto de las amenazas que supone a Washington; en orden decreciente de importancia, estas son: México, Centroamérica, el Caribe, Colombia y Venezuela; la región andina compuesta por Bolivia, Ecuador y Perú; y el área comprendida por Brasil, Argentina, Paraguay, Chile y Uruguay (Russell y Calle, 2009).

La “Primera Periferia” atrae el interés de los Estados Unidos por distintos motivos. Por su parte, México adquirió mayor relevancia luego de los atentados a las Torres Gemelas en 2001, en cuanto país vecino desde donde las organizaciones terroristas podrían ingresar a territorio estadounidense. Asimismo, el incremento del crimen organizado y del narcotráfico, así como también la adquisición de armamentos cada vez más sofisticados y poderosos por parte de estas organizaciones, convierten al país en un territorio sumamente turbulento. Al efecto, los grupos criminales mexicanos son los responsables del ingreso de cocaína colombiana y de otros estupefacientes de producción nacional a Estados Unidos, así como también del aumento de la violencia en la zona fronteriza entre ambos países, que se ha convertido en un verdadero campo de batalla. Además, la política migratoria de los Estados Unidos provoca, indirectamente, una mayor turbulencia en el país vecino. Un claro ejemplo de la posición que ocupa México para la seguridad de los Estados Unidos fue la “Iniciativa Mérida” anunciada por el expresidente George W. Bush en 2007, como un programa de cooperación en materia de seguridad entre ambos países, y en menor medida Haití y República Dominicana, cuyo objetivo era el entrenamiento y equipamiento de

las fuerzas militares y policíacas, de manera tal de reducir la brecha existente entre estos y los grupos narcotraficantes mexicanos (Russell y Calle, 2009).

Por otro lado, Colombia reviste gran interés para la seguridad estadounidense debido a turbulencias similares a las de México, aunque de mayor magnitud, como son las amenazas relacionadas al tráfico de drogas: el terrorismo, el crimen organizado y la violencia interna. El país latino es el epicentro del problema del narcotráfico en la región y sus élites se han mostrado dispuestas a colaborar con Washington. Las expresiones más visibles de esta simbiosis corresponden al “Plan Colombia”, con lo cual el país se convirtió en el segundo receptor de entrenamiento militar, sólo superado por Irak luego de la invasión en 2003, y al “Plan Patriota”, destinado a arremeter las posiciones de las FARC en el sur del país, considerado su reducto histórico y el más importante junto a la zona de Cauca (Russell y Calle, 2009).

Por su parte, la amenaza a la seguridad de los Estados Unidos que suponen Cuba y Venezuela conlleva un fuerte componente ideológico y se sustenta en la capacidad de ambos países para movilizar recursos internos que le permitan resistir las acciones directas del centro; en efecto, Washington se ve obligado a intervenir solo de manera indirecta, aunque continua, apelando a la oposición verbal, al financiamiento de fuerzas de oposición, a operaciones de inteligencia y a la aplicación de diversos tipos de sanciones diplomáticas y económicas. En este sentido, desde el fin de la guerra fría, los Estados Unidos han mantenido un alto nivel de confrontación con el gobierno cubano e incluso han intensificado las sanciones con la idea de que la caída de la Unión Soviética pudiera arrastrar a Cuba hacia el mismo destino (Russell y Calle, 2009).

Por último, Venezuela comporta alta significación dentro de la estrategia estadounidense en calidad de tercer proveedor de petróleo, luego de Canadá y México, y por encima de Arabia Saudita. Debido a esta fuerte interdependencia, la capacidad de Washington para recurrir a medidas tales como bloqueos o sanciones económicas contra el gobierno venezolano se ha visto restringida. En efecto, ha debido responder a la estrategia de oposición de Hugo Chávez con sanciones limitadas, diversas formas de coerción diplomática y técnicas disuasorias, tales como la definición del gobierno venezo-

lano como una “fuerza negativa” en la región, la pronta aceptación –aunque no formal– del breve gobierno de facto de Pedro Carmona tras el frustrado golpe de Estado contra Chávez en abril de 2002, la presión sobre otros Estados para que desistan de firmar acuerdos de cooperación militar con Caracas –como fue el caso de Israel en 2004 y Brasil en 2006–, y la “descertificación” de Venezuela por parte del Departamento de Estado de los Estados Unidos por su falta de colaboración en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo en 2006, entre otras (Russell y Calle, 2009).

En síntesis, debido a su proximidad geográfica con respecto a los Estados Unidos, la Primera Periferia no es materia de opción para los intereses de seguridad de Washington y se encuentra cada vez más integrada a ellos. En efecto, todas las bases militares estadounidenses en América Latina –a excepción del caso de Manta en Ecuador– se hallan ubicadas en este territorio (Russell y Calle, 2009).

Por otro lado, Ecuador, Bolivia y Chile, que de acuerdo a la clasificación de Russell y Calle conforman la “Segunda Periferia”, concitan la atención de Washington debido, fundamentalmente, al narcotráfico y por sus importantes recursos energéticos, si bien no con la misma intensidad que lo hace la Primera Periferia. Ello se ha visto reflejado en acciones indirectas y en un alto nivel de pragmatismo. En efecto, Estados Unidos adoptó una posición de neutralidad en las elecciones presidenciales ganadas por Evo Morales en Bolivia en 2005 y por Rafael Correa en Ecuador en 2006 y 2009 (Russell y Calle, 2009).

Respecto a Bolivia, Washington ha adoptado una política general de no confrontación, delegando a los gobiernos de la Tercera Periferia o a actores privados estadounidenses el manejo de las situaciones críticas, particularmente durante el segundo período de gobierno de George W. Bush. Cabe destacar que ello se debe, en gran medida, a que prácticamente no existe interdependencia energética entre ambos países: Bolivia no exporta energía a Estados Unidos y la presencia de empresas petroleras estadounidenses en el país andino es muy baja. Por otro lado, Washington ha transferido fondos económicos a Ecuador para la lucha contra el narcotráfico y lo ha certificado como un país que coopera en orden a ello, al tiempo que ha impulsado preferencias arancelarias (Russell y Calle, 2009).

Por último, la “Tercera Periferia” –compuesta por Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay– es la que menor influencia comporta para los intereses de seguridad del centro; apenas es mencionada en los documentos y estudios de las agencias de defensa y seguridad de los Estados Unidos, a excepción de la zona de la “Triple Frontera” y el área de la energía basada en biocombustibles. En efecto, su leve importancia en materia de seguridad se debe, fundamentalmente, a dos cuestiones: en primer lugar, por su lejanía y tranquilidad relativas, que suponen que las turbulencias que allí tienen lugar no representen gran impacto en la seguridad de Washington; y en segundo lugar, porque los gobiernos prácticamente no han desarrollado estrategias de oposición al “centro”, a excepción quizás del caso argentino, con los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, cuya oposición fue más simbólica que real. Por consiguiente, esta periferia goza de una mayor autonomía para enfrentar sus propios problemas de seguridad; solo un fuerte agravamiento de las turbulencias en su territorio podría llevar a una mayor intervención directa de Washington.

### **La hegemonía estadounidense en crisis**

Con la implosión de la Unión Soviética (URSS) en 1991, el Sistema Internacional evidenció un momento inédito en su historia: el mundo nunca antes había conocido la unipolaridad; Estados Unidos emergió como el Estado más poderoso del planeta, desde donde persiguió la ambiciosa política de conseguir la hegemonía liberal. Sin embargo, algo salió mal; la opinión pública actual respecto de la política exterior estadounidense es radicalmente diferente a la de principios de siglo, fundamentalmente marcada por los conflictos armados perpetrados en diversas partes del mundo durante estos años que llevaron a Washington a descuidar los riesgos y amenazas que se avecinaban. En este orden de ideas, podemos afirmar que, durante la etapa unipolar, Estados Unidos tuvo lo que John Mearsheimer ha denominado “la ilusión liberal”, anclada en la idea de evangelizar y democratizar al mundo, condenada al fracaso (Mearsheimer, 2018).

Ahora bien, luego de treinta años transcurridos, dicha etapa unipolar parece estar asumiendo rasgos cada vez más multipolares. En este contexto, Washington tendrá que prestar especial atención a otras grandes potencias que disputan la hegemonía mundial. En efecto, la Administración Trump ha dejado la cuestión muy en claro cuando el ex secretario de Defensa, James Mattis, sostuvo que la competencia de grandes poderes entre naciones, y no el terrorismo, es ahora el enfoque principal de la Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (Mearsheimer, 2018).

En este sentido, el enorme ascenso que ha experimentado la República Popular China durante los últimos años ha generado diversos análisis sobre la presencia de un nuevo mundo bipolar entre la potencia asiática y los Estados Unidos (Calle, 2020). Ya en 2001, John Mearsheimer había vaticinado acerca de la amenaza que suponía el ascenso de China para la hegemonía estadounidense; pero en aquel momento muy pocos lo creyeron (Dario, 2020). Para su sorpresa, el “gigante asiático” es actualmente el jugador más vasto del mundo; nunca antes en la historia una nación había experimentado un crecimiento tan grande, tan rápido y en tantas dimensiones de poder, que incluso no hemos podido asimilarlo. Todo ello quedó aún más de manifiesto luego de la crisis financiera de 2008, que causó una enorme recesión en la mayoría de las economías del mundo, a excepción de China, cuya tasa de crecimiento anual se mantuvo superior al 8 %, e incluso llegó a representar el 40 % del total del crecimiento de la economía a nivel mundial en los años siguientes (Graham, 2015).

Al efecto, Washington ha modificado su visión estratégica sobre China y la rivalidad ha reemplazado a la antigua cooperación entre ambos países. Las iniciativas de Beijing en los mares del sudeste asiático alarman a Estados Unidos, que percibe como una amenaza a sus intereses de seguridad el avance tecnológico chino –el “Proyecto China 2025”– y su proyección geoeconómica a través de la “Ruta de la Seda”. Asimismo, la competencia geopolítica entre ambos países incluye la obtención de apoyos militares y diplomáticos, así como también el acceso a negocios de terceros países en tres dimensiones: 1) la marítima, por el predominio comercial y militar en los mares del Pacífico occidental, el sur de China y el océano Índico; 2) la financiera, por la ejecución de grandes obras

de energía e infraestructura; y 3) la económica, por el acceso a mercados, la atracción de nuevas inversiones y el control de las redes digitales. En este contexto, tanto China como Estados Unidos privilegiaban las iniciativas bilaterales para alcanzar sus objetivos comerciales y financieros, en detrimento de los mecanismos multilaterales (De la Balze, 2019).

### **La Trampa de Tucídides: ¿sólo una metáfora?**

Ahora bien, la actual puja entre los Estados Unidos y China por la supremacía mundial, ¿logrará eludir a la “Trampa de Tucídides”, o terminará por enfrentarlos en un devastador conflicto armado? Ciertamente es que, dentro de los círculos políticos y académicos, la posibilidad de que la rivalidad entre ambos países termine conduciéndolos a la guerra en las próximas décadas es considerada poco probable y sumamente imprudente. Sin embargo, si pensamos en la metáfora de la Trampa de Tucídides, reflexionada por Graham Allison en 2015, ello no solo es posible, sino que es mucho más probable de lo que se cree (Graham, 2015).

La Trampa de Tucídides se trata de una metáfora basada en la guerra del Peloponeso que, a pesar de su antigüedad, ofrece una valiosa visión acerca de los casos históricos en que el Sistema Internacional ha evidenciado una acelerada modificación en su balanza de poder. De un lado, encontramos una potencia en crecimiento que demanda mayor voz e influencia en la arena internacional; del otro, la inseguridad y determinación del hegemón en defender el *statu quo*. En este orden de ideas, el Centro de Ciencias y Asuntos Internacionales de Harvard Belfer concluyó que, en 12 de 16 casos evidenciados en los últimos 500 años, en los cuales hubo una rápida alteración del poder relativo de una nación en ascenso que amenazaba con desplazar a un estado gobernante, el resultado fue la guerra. En este sentido, y a juzgar por los registros históricos, la guerra es más probable que la paz, pues en dicho contexto, crisis menores que de otro modo serían contenidas –como el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en 1914– pueden dar inicio a una seguidilla de reacciones, suscitando resultados que de otra manera ninguna de las partes hubiera escogido (Graham, 2015).

Sin embargo, la guerra no es inevitable; en 4 de los 16 casos analizados, rivalidades similares no finalizaron en conflictos armados, tal como quedó constatado con la Guerra Fría (Graham, 2015).

Ahora bien, escapar a la Trampa de Tucídides requerirá de enormes esfuerzos; el surgimiento de China no es un problema que deba solucionarse, es una condición crónica que deberá ser manejada de manera astuta y con una atención sostenida al más alto nivel por ambos países. En efecto, si los líderes de Estados Unidos y China permiten que los factores estructurales lleven a ambas naciones a la guerra, no podrán esconderse detrás de un manto de inevitabilidad, y no tendrán a nadie a quien culpar más que a ellos mismos (Graham, 2015).

### **La hegemonía mundial en pugna: ¿desafío u oportunidad?**

Por su parte, John Mearsheimer asegura que “China tiene interés en ocasionar problemas de seguridad a Estados Unidos en el Hemisferio Occidental para que tenga que enfocarse en su propio patio trasero y no pueda poner toda su atención en Asia o en la propia China” (Dario, 2020). Al efecto, el contexto actual de rivalidad internacional entre los Estados Unidos y China representa, al mismo tiempo, un peligro y una oportunidad para las potencias medias, como es el caso de Argentina.

En este contexto, obtener beneficios de la competencia entre las dos mayores potencias del Sistema Internacional, sin transformarse en víctima de ella, no es una tarea fácil de llevar a cabo (De la Balze, 2019). La cuestión primordial radica en la capacidad de elaborar una cautelosa estrategia de vinculación que canalice las consecuencias económicas positivas del relacionamiento con ambas potencias, pero que no suponga inmiscuirse en innecesarios conflictos geopolíticos entre ellas (De la Balze, 2014).

Asimismo, si consideramos la hipótesis de la existencia de una nueva bipolaridad entre los Estados Unidos y China, se entiende que, tarde o temprano, la totalidad de los países del Sistema Internacional se verán incentivados a tomar posiciones por uno u otro bando, y que el perfil intervencionista de las dos grandes potencias en sus asuntos internos se incrementará (De la Balze, 2019).

Al efecto, la Argentina deberá adaptar con pragmatismo su política exterior a las condiciones imperantes en el escenario internacional, con el objeto de capitalizar todo aquello que pueda beneficiar el desarrollo económico nacional. Asimismo, no sería prudente que se involucre en iniciativas que puedan amenazar los intereses militares de alguno de los dos grandes, como es el caso de la estación china instalada en Neuquén. Por último, se torna absolutamente necesario profundizar las relaciones bilaterales y la integración en todos los campos, incluido el militar, con sus vecinos de la región, en particular Brasil y Chile, dejando a un lado las preferencias ideológicas (De la Balze, 2019).

### **Consideraciones finales**

El colapso político, económico y social del imperio soviético a fines de los años ochenta y la desintegración de la URSS en 1991 consolidaron el ingreso del sistema internacional a una etapa unipolar que recién treinta años después parece estar asumiendo rasgos más multipolares (Calle, 2020). En este contexto, el impacto que tiene el gran crecimiento experimentado por China en los últimos años –y no el terrorismo– es el principal desafío geoestratégico al que deberán enfrentarse los Estados Unidos en los próximos años (Graham, 2015). Asimismo, la “declinación relativa” del poder de Washington en favor del gigante asiático está generando una profunda transformación en el sistema político internacional, que, según algunos analistas, terminará por definirse como “bipolar” (De la Balze, 2019).

“Lenta, pero inexorablemente, la rivalidad económica, política y militar se va a intensificar durante la próxima década” (De la Balze, 2019: s/n), aunque el riesgo de que se desate una guerra total entre China y los Estados Unidos es relativamente bajo, debido, entre otras cuestiones, a la disuasión nuclear recíproca. Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad de que a futuro se den confrontaciones por partes interpuestas –como guerras civiles o conflictos entre terceros países–, si los intereses vitales de algunas de las potencias se ven comprometidos en regiones periféricas, tal como ocurrió durante la Guerra Fría (De la Balze, 2019).

En este contexto, Estados Unidos debería formar una coalición balanceadora para contener el avance chino, similar a lo que hizo durante la Guerra Fría para contener a la Unión Soviética, y desacelerar su crecimiento, asegurándose de que no se transforme en el país dominante en las tecnologías más sofisticadas, como el 5G y la Inteligencia Artificial (Dario, 2020).

En cuanto a la importancia de la región latinoamericana para los intereses de seguridad de los Estados Unidos, estaría comenzando, en palabras de Fabián Calle, un “tercer capítulo” –luego del nazismo y del comunismo soviético–, en el cual Washington se ve en la necesidad de abandonar su sustancial comodidad estratégica en el hemisferio y elaborar una “gran estrategia” para América Latina (Calle, 2020).

En este sentido, los gobernantes de la región latinoamericana “deberán redoblar su inteligencia, prudencia y articulación de espacios de coordinación regional y subregional para saber moverse y salir lo mejor posicionados posible de esta puja entre titanes. Como dice un viejo proverbio africano, cuando dos elefantes se pelean quien más sufre es la hierba que pisan” (Calle, 2020: s/p). Por último, la Argentina debería establecer prósperos vínculos con ambos países, de manera de maximizar el intercambio económico y fomentar el crecimiento nacional (Dario, 2020).

## Bibliografía

- Calle, F., “América Latina, Estados Unidos, China y la advertencia africana”, Universidad del CEMA (UCEMA), 2020. Disponible en: <https://ucema.edu.ar/investigacion/infobae-230720> (consulta: 4 de diciembre de 2020).
- Dario, L. (25 de julio de 2020), “John Mearsheimer: ‘Es posible una guerra entre Estados Unidos y China en 2021’”, *Diario Perfil*, edición online. Disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/actualidad/john-mearsheimer-es-posible-una-guerra-con-china-en-2021-estados-unidos.phtml> (consulta: 4 de diciembre de 2020).
- De la Balze, F., “Entre los ‘cuentos chinos’ y la realidad. El surgimiento de China: un dilema central en la política exterior argentina”, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), 2014.

- Disponible en: [http://www.cari.org.ar/pdf/surgimiento\\_china.pdf](http://www.cari.org.ar/pdf/surgimiento_china.pdf) (consulta: 5 de diciembre de 2020).
- De la Balze, F., “Argentina, entre China y EE. UU.”, *Clarín*, 2017. Disponible en: [https://www.clarin.com/opinion/argentina-china-ee-uu\\_0\\_S1EAZEqYg.html](https://www.clarin.com/opinion/argentina-china-ee-uu_0_S1EAZEqYg.html) (consulta: 5 de diciembre de 2020).
- De la Balze, F., “La lucha por la hegemonía mundial (Estados Unidos, China y Argentina)”, *Estudios internacionales* (Santiago), 51 (194), 2019, pp. 195-209. Disponible en: <https://dx.doi.org/10.5354/0719-3769.2019.55738> (consulta: 5 de diciembre de 2020).
- Graham, A. (2015, septiembre), “The Thucydides Trap. Are the U.S. and China Headed for War?”, *The Atlantic*. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2015/09/united-states-china-war-thucydides-trap/406756/> (consulta: 3 de diciembre de 2020).
- Graham, A., “The Thucydides Trap”, *Foreign Policy*, 2017. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2017/06/09/the-thucydides-trap/> (consulta: 3 de diciembre de 2020).
- Mearsheimer, J., “The Great Delusion: liberal dreams and international realities”, Yale University Press, 2018. Disponible en: [https://www.academia.edu/38155957/The\\_Great\\_Delusion\\_Liberal\\_Dreams\\_And\\_International\\_Realities\\_pdf](https://www.academia.edu/38155957/The_Great_Delusion_Liberal_Dreams_And_International_Realities_pdf) (consulta: 4 de diciembre de 2020).
- National Security Strategy of the United States of América (2017). Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf> (consulta: 3 de diciembre de 2020).
- Russell, R. y Calle, F., “La ‘periferia turbulenta’ como factor de la expansión de los intereses de seguridad de Estados Unidos en América Latina”, Documento de trabajo, Proyecto: Crisis de Estado, Gobernabilidad Internacional y Seguridad, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 2009 (consulta: 27 de noviembre de 2020).
- Veiga, F., *El desequilibrio como orden: una historia de la Posguerra Fría*, Alianza, Madrid, 2009.